

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Teléfono 514.

Madrid, 19 de Junio de 1892

ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Apartado 146.

Núm. 25

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



EXCMO. SR. D. JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por A. Sánchez Pérez.—*Canalejas*, por Juan Barco.—*Paradojas*, por U. González Serrano.—*Poetas argentinos: La flor del scibo*, por Rafael Obligado.—*La momia*, por Paul de Saint-Victor.—*Núñez de Arce*, por Manuel Reina.—*Las ciudades de los Estados Unidos*, por G. Reparaz.—*El descastado*, por Miguel Antonio Caro.—*La primera mosca*, por Fernando Araujo.—*Soneto*, por Julián Romea.—*Nuestras ilustraciones. Impresos recibidos en esta Redacción. Advertencias. Anuncios.*

FOTOTIPIAS: Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez.—Una odaliska.—Gansos huyendo, espantados por un tren.—La madrugada del día de San Juan en Aragón.

FOTOGRAFADOS: Un idilio.—Caza del tigre de Bengala.

CRÓNICA

Las cosas del cielo, ni las cosas de la tierra llevan trazas de mejorar. Hablo del cielo y de la tierra de España, que en otras tierras y en otros cielos no sé lo que ocurre, aunque lo presumo.

Pues señor, lo de Barcelona tomó cuerpo y adquirió dimensiones que nadie, ó casi nadie, esperaba; es claro que terminará, porque todo acaba, un día ú otro; pero, por de pronto, ha producido alarmas, sobresaltos, paralización de trabajo, quebrantos al comercio, perjuicios á la industria, y por añadidura, algunas desgracias personales, entre las cuales no incluyo la desautorización del Sr. Ogesto, porque no estoy muy convencido de que sea eso efectivamente una desgracia.

No es de este lugar la relación circunstanciada de los sucesos de Barcelona, sucesos que han sido narrados en correspondencias telegráficas por redactores expertos de los diarios más populares de Madrid; á esas narraciones remito al lector curioso que pretenda conocer en todos sus pormenores, como si dijéramos—y perdónese lo vulgar de la locución—con sus pelos y señales, el nacimiento, desarrollo, estado actual y desenlace verosímil de lo acontecido en Barcelona: cuestión política según unos; cuestión ajena á la política, según otros, y que, en resumen, es manifestación sintomática de malestar. Manifestación que se ha realizado ya muchas veces antes de ahora; que se reproducirá otras muchas después, cada vez con caracteres más alarmantes, si los encargados de regir los destinos de las naciones atienden á contrarrestar efectos, cuando deberían pensar en la desaparición de las causas.

Santo y muy bueno que el médico llamado á la cabecera de un enfermo, y en presencia de insuportables dolores, atiende primeramente, y como medida del momento, á la aplicación de calmantes, que, por de pronto, atenúen los sufrimientos del paciente; pero conseguido esto, es menester que inquiere ó procure inquirir las causas de aquellos dolores, y consagre su saber, sus conocimientos científicos, su experiencia, á combatir las causas; sin lo cual los dolores, pasada que sea la eficacia de los calmantes, se reproducirán acaso con intensidad mayor.

Estas explosiones, en una forma ó en otra, se reproducen con frecuencia significativa: ayer en Barcelona, obreros que se negaban á trabajar; hoy en el Ferrol, obreros que solicitaban trabajo; un día en Calahorra, vecinos que pedían con mucha necesidad un Obispo; otro día en Gerona, políticos que no se sabe lo que pedían, ni si llegaron á pedir algo, revelan indudablemente desasosiego, intranquilidad, algo que los hombres de Estado, algo que los Gobiernos deben estudiar con decidida atención, con interés preferente, y que, como es natural, no puede ser analizado, sino cuando más indicado á la ligera por el cronista de un semanario como ESPAÑA Y AMÉRICA.

Pues si el asunto de las huelgas es demasiado grave para que pueda yo tratarlo, ¿qué me dicen Uds. de las cuestiones de Marruecos? Esas cosas sí que son peliagudas y comprometidas... mejor dicho, comprometedoras.

Pues pensar en que sea preferible no decir una palabra de eso, es pensar una tontería; no hay medio de sustraerse á las corrientes de la opinión, y la opinión pública no piensa en otras cosas: *España en Marruecos, Lo de Africa, Los ingleses en Marruecos, ¿Será Tánger inglés?, Sir Ewan y El Tratado de Madrid*; éstos, y otros pa-

recidos á éstos, son los epígrafes de los artículos que toda la prensa española publica en estos días. Como se ve, los sucesos de Tánger interesan muy hondamente á los españoles, y en una recopilación de sucesos de la semana sería falta imperdonable de veracidad y de exactitud prescindir de ellos.

Con esto, sin embargo, sucede lo mismo que con lo otro sucedía; es demasiado serio y demasiado transcendental para que pueda dilucidarse á la ligera en una docena de líneas; arduo problema de política internacional, que acaso lleve en las operaciones de su resolución el germen de una guerra europea, ¿cómo ha de ser analizado por el articulista de mis condiciones y circunstancias? Allí los Ministros, allí los representantes del país, allí los grandes estadistas y los hábiles diplomáticos dilucidarán el punto, vencerán las dificultades que la actitud de Inglaterra pueda suscitar; á mí me basta decir que de los ingleses me agradan algunas costumbres y varias industrias; pero me desagrada todo lo demás, los mismos ingleses inclusive; y es claro que la actitud de ese *Sir Ewan*, actitud que traduce evidentemente las intenciones de la avariciosa Inglaterra, me disgusta extraordinariamente.

Verdad es, ¿para qué voy á ocultar esto?, verdad es que también me disgusta, y mucho, acaso más que la actitud del diplomático inglés en Tánger, la ocurrencia de la Comisión de presupuestos del Congreso español.

Esa Comisión no está compuesta de ingleses, no, señor; pero dudo que los ingleses mismos hubiesen discurrido nada tan perjudicial para los contribuyentes españoles como el nuevo proyecto de ley de Presupuestos; ese dictamen, con sus autorizaciones, con sus conatos de monopolio, con sus arrendamientos, será una verdadera y devastadora plaga de nuestra riqueza....; de suerte que, según la frase del vulgo, los españoles *estamos como tres con un zapato*: allí, por las provincias catalanas, las *huelgas*, con circunstancias agravantes; aquí, en Madrid, los representantes de España discurriendo diabluras para empobrecernos; y allá, en Africa, los ingleses tratando de apoderarse de Tánger.... Ya se comprende que teniendo tantos y tan graves asuntos propios, no vamos á dedicar nuestra atención á negocios ajenos; así es que el premio de los 200.000 francos ganado por el caballo, no recuerdo de qué nombre; el lastimoso estado en que se encuentran los andarines Ramoge y Gonnet; la boda del hijo de Bismark; las caricaturas en que los franceses ridiculizan los saludos de Carnot...., son cosas que aquí ni aun despiertan la curiosidad de los más aficionados á ninerías.

Porque es de advertir que en España, además del *nuevo dictamen* de la Comisión de presupuestos, hemos tenido últimamente otras dos novedades: una, la aprobación del *nuevo uniforme* de caballería, novedad que seguramente habrá parecido muy bien á los Oficiales de corto sueldo que necesiten variar de uniforme; y otra, la noticia de que circulan muchos billetes falsos de *cincuenta pesetas*.

¡Esta sí que es una novedad!
Digno coronamiento de todas las novedades lastimosas, que ha dado de sí la semana.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

CANALEJAS

Pocos hombres como Canalejas, que á los treinta y ocho años no cumplidos, hayan tenido personalidad tan definida y saliente. Hay ejemplos de extraordinaria fortuna política; diputados con babor y hasta ministros con chichonera, los tenemos á porrillo en «los fastos constitucionales»; pero jóvenes que hayan llegado al Parlamento con el pleno dominio de todas las ciencias sociológicas, y ministros que á los siete lustros escasos hayan poseído tal sentido de gobierno cual si fuesen encanecidos estadistas, esos, pueden contarse por los dedos y sobran dedos con los de una mano. Porque es fácil, muy fácil medrar y salir diputado por un pariente, y de sobrino ó yerno convertirse en suegro del país á los veinticinco años; pero lo difícil es admirar á los veinte en discusiones filosóficas sostenidas con eminencias, y escribir á la misma edad con prodigioso estilo y profundo pensamiento; y adquirir, poco más tarde, autoridad parlamentaria en materias técnicas, dejando pasmados á los que por años y conición pasaban en aquéllas por maestros; y llegar muy luego al cargo ministerial para ser alma y vida de un

Gabinete, desempeñar dos carteras con singular acierto, y escuchar, al salir del poder, á la opinión unánime que dice: «Ese es uno de los ministros que han caído con más prestigio.»

Puede entrar la fortuna como principal elemento para escalar altos destinos; la historia lo revela en esos cien nombres que ella guarda entre sus hojas, y que el vulgo no conoce; pero cuando se llega acompañado de inteligencia superior, ilustración vastísima, palabra elocuente, fe en los ideales, rectitud en la conciencia y firmeza en los propósitos, no haya cuidado que se obscurezca jamás la personalidad.

Así la del ilustre hombre, cuyo retrato honra hoy las páginas de este periódico.

Sin perspicacia alguna, adivinase en Canalejas, al más ligero examen de su carácter, una diferencia enorme entre lo que es y lo que aparece. Véase en las altas funciones de sus investiduras, y resulta, no ya circunspecto, que esto bien lo requieren los actos mismos á que nos referimos, sino correcto con corrección académica, sin descomponerse, sin cimbrarse, digámoslo así, apareciendo en los metódicos ademanes hombre de pasiones templadas y de apacibles tonalidades. Y sin embargo, obsérvesele más de cerca, dentro de esas mismas funciones, y en la movilidad de sus nervios, y en el fulminar de sus ojos brillantes, y en los leves estremecimientos que agitan todo su organismo, adivinase que aquel hombre lleva en su seno todos los entusiasmos meridionales y todos los arrebatos de los más ardorosos temperamentos. Y en el trato íntimo, en la familiaridad de sus relaciones, no digamos. Allí se deja ver tal cual es, con explosiones infantiles, con alegrías plétóricas, con indignaciones centelleantes ante lo injusto, con arrobamientos de poeta ante lo bello y lo bueno, con tristezas infinitas ante las desdichas de los ajenos.

Mil veces he querido explicarme estos contrastes del carácter de Canalejas y jamás he podido hacerlo cumplidamente. A lo más que he llegado ha sido á sospechar, y consigno la sospecha por si hubiere acierto, que el origen de semejantes contradicciones se halla en la influencia que en él ejercieran los estudios académico-literarios, en los que la frialdad clásica, la regla y medida á que la preceptiva sujeta al pensamiento, quizá labrasen sobre la inata esa otra modalidad un tanto rígida que si muy bien le sienta en la vida pública, hace que muchos se equivoquen al juzgarle. Porque no hay que olvidar que Canalejas, en sus primeras direcciones, se encaminó hacia el magisterio, y que en la didáctica, ante la severidad de la cátedra, sin la discusión que enciende el ánimo, antes bien con auditorios silenciosos que lo deprimen, fué donde hizo sus primeros ensayos oratorios.

Sólo así se explica, y quizá también por la adaptación al medio ambiente en que todos respiramos, que hombre tan radical y vehemente sea juzgado, con error manifiesto, como tocado de escepticismos impropios de sus años y de su temperamento.

Nótese, si no, cómo en los actos de su vida se reflejan los entusiasmos internos de que se halla poseído. Nadie como él ha hecho sentir tanto su personalidad en los Ministerios por que ha pasado. Desde Fomento imprimió, con ánimo resuelto, á las funciones de gobierno un sano sentido socialista, que quizá sea el único apropiado para resolver problemas que cada día presentan aspecto más pavoroso. Su acción inteligente y bienhechora hubo de advertirse, ora luchando con las poderosas compañías ferroviarias, ora visitando—con espontaneidad que no tiene ejemplo—y consolando y remediando á los habitantes de comarcas inundadas; ya imprimiendo actividad, con toda suerte de recursos, y hasta con la eficacia de su presencia, á las obras del grandioso monumento sevillano; ya acudiendo, en medio de las pesadimas y absorbentes atenciones que le agobiaban, á exponer en el Círculo Mercantil, en célebre conferencia, las radicales y salvadoras ideas que como ministro practicaba sin descanso, creando Estaciones enotécnicas en París, Londres y Hamburgo, y estaciones serícolas y de patología vegetal, y escuelas de olivicultura, de ganaderos, enológicas, de peritos agrícolas... cuanto, en fin, su rica inteligencia llevaba estudiado en seguimiento de la noble idea de sustituir al individuo por el Estado, hasta colocar á aquél en situación de valerse por sí mismo.

¿Pues quién, sino él, desde la severa poltrona que ocupó últimamente, se ha atrevido á anunciar, en el acto solemne de la apertura de los Tribunales, una revolución tan completa como necesaria en los procedimientos de justicia, y á reconocer allí mismo, con la autoridad de su talento y del cargo que desempeñaba, la conveniencia de fijar la atención en una escuela criminalista cuyo nombre nadie había osado pronunciar en aquel recinto sino para denostarla ó desdeñarla?

El caciquismo recibió por entonces, también de su mano, golpes tremendos con la suspensión rigurosa de los famosos cuartos turnos y con la inamovilidad judicial, por él decretada; la responsabilidad judicial hubo de hacerse efectiva bajo su férula, en la medida que las leyes la consignaban; y la moral pública tuvo que agradecerle la saludable campaña que se hizo contra el juego, única que alcanzó á los más aristocráticos Círculos y que demostró á los tolerantes y á los débiles que para el incumplimiento del deber nunca hay disculpas ni atenuaciones.

¿No revelan bien estos hechos, y otros de igual índole que podrían enumerarse, que quien los ejecuta trae consigo los entusiasmos y las energías que hacen falta para purificar la enrarecida atmósfera que nos envuelve?

La progenie política de Canalejas hay que buscarla en las más avanzadas filas de la democracia. No hay hoy, en el partido en que milita, quien mejor represente esa tendencia, bastando su personalidad para, en cualquier acto del partido, establecer aquella ponderación tan sabiamente buscada por el ilustre jefe de los liberales españoles. Donde esté Canalejas bien puede decirse que los ideales democráticos hallanse garantizados; y por eso, por haber descendido esta verdad a las masas sociales es por lo que cuenta en todas partes con grandes núcleos que le admiran y le siguen sin vacilaciones.

Buena prueba de ello, el triunfo electoral que obtuvo en Madrid, donde más de diez y seis mil electores le dieron sus sufragios, al mismo tiempo que la población de Alcoy en masa le votaba, haciendo su triunfo doble é inmenso.

Canalejas, como orador, es legítima gloria de las tribuna española. Su sintaxis no tiene tacha; supera con mucho las exigencias del más delicado en materias gramaticales; sus discursos, todos improvisados, fluyen de sus labios con admirable corrección, sin violencia, sin esfuerzo, sin afectaciones. Lanzada la primera palabra, enlila todas las demás tan al justo, con propiedad y elocuencia tales, que á no verle quien le escuche puede imaginarse estar oyendo la lectura de un libro maravillosamente ideado y maravillosamente escrito. Es bien timbrada su voz; sus actitudes, como apuntábamos al principio, correctas; demasiado correctas quizás para la oratoria parlamentaria, esa oratoria en la cual cada discurso, según felicísima expresión del Sr. Cánovas del Castillo, es un drama en acción donde el tribuno resume en sus acentos todas las pasiones y los personajes de la acción misma. Alguna vez Canalejas, con los caldeamientos del debate, se ha presentado tal cual es y ha dejado marchar por la palabra todo el fuego y todo el entusiasmo que le animan; así, y por estas razones, puede servir de modelo, en todos los tiempos, un discurso suyo, el pronunciado en la última legislatura de las Cortes liberales, contestando al señor Silvela y en defensa del Sr. Sagasta, por quien siente extraordinario cariño y á quien guarda lealtad inquebrantable.

Fuera de la vida pública, la particular é íntima de Canalejas gira principalmente sobre estos dos polos: el amor inmenso por la virtuosísima compañera de su vida y el amor inextinguible al trabajo. Es de costumbres tranquilas; de ordinario busca el descanso á las once de la noche, y comienza el trabajo, verdaderamente vertiginoso, á las seis de la mañana. En épocas anormales, cuando el estudio de proyectos, los preparativos de una elección ó cosas semejantes, no tiene horas destinadas al sueño; duerme cuando puede, contando con que su trabajo entonces ha de durar veinte horas seguidas, por lo corto. Tiene constitución fuerte para resistirlo...

Y aquí acabaría yo este artículo trazando los rasgos fisonómicos de Canalejas, mencionando lo hirsuto de su rostro, su color moreno, su mirada profunda, etcétera, etcétera, si no acompañase á estas líneas un tan magnífico retrato, digno de los talleres de Laurent, en que se ha hecho.

¡Quién me diera que en los talleres míos se trabajase de modo tan perfecto!...

JUAN BARCO.

PARADOJAS

LA CARACTERÍSTICA parece del ingenio y de la gracia la paradoja, de que usa y abusa el género poético tan en boga á la hora presente (el Humorismo). Explicación cumplida de la tendencia paradójica del pensamiento ofrece la complejión de la realidad, que requiere perspectivas diferentes, puntos de vista diversos y aspectos variados, si ha de ser concebida en la múltiple é indefinida serie de sus fenómenos.—Ante el cambiante de luz, que se presenta á la mente, ganosa de coger hilo central para concebir aquella complejión, frecuentemente precipita el pensamiento labor que debiera ser lenta y reflexiva é impotente para determinar síntesis comprensivas de la diversidad de elementos percibidos, declara su estado y proclama la *lex inversa* de la paradoja, el contraste y oposición, que no llegan á síntesis y concierto.

Se detiene la obra de la reflexión á la mitad del camino, se desconfió de todo intento explicativo y de término á término recíprocamente contradictorios (el *pro* y el *contra*, ventaja é inconveniente), surge para el pensamiento un *equilibrio inestable*, síntoma de vida y de actividad, si quiera posteriormente se esterilice y convierta en estadizo y muerto, expresando en dilema inflexible ó la carcajada mefistofélica del escepticismo superficial ó el llanto jeremiaco del escepticismo dogmático. Risa y llanto, manifestaciones extremas y negativas del equilibrio inherente á la sensibilidad, como válvulas de expansiones momentáneas dejan que escape el fondo y núcleo de la realidad, que ávidamente anhela

percibir el pensamiento. Mientras la paradoja subsiste en el orden intelectual ó especulativo sirve de *stimulus* y acicate para el pensamiento, más rico y más profundo, á medida que percibe más aspectos de la realidad; su equilibrio inestable aguijonea á la inteligencia, pone delante de ella su ley propia, *plus ultra*, y condiciona favorablemente para concebir síntesis de los elementos en apariencia contradictorios y en realidad acordes.—Que de este modo se ha cumplido el progreso del pensamiento, lo demuestra cumplidamente la historia de la ciencia y del arte, señalando los puntos relativos de adelanto al reconocer la sin razón de una teoría ó de una escuela en la razón de la opuesta y recíprocamente. Las síntesis parciales, las explicaciones relativas (que las completas y definitivas constituyen el *ideal dinámico* de ciencia y arte), son puntos de descanso ó frutos obtenidos por la labor del pensamiento como condición para percibir nuevos pliegues de la realidad, ante los cuales surjan en proceso indefinido sus correspondientes términos de oposición y contraste, para ulteriores paradojas; que no es la realidad únicamente compleja en su conjunto, ni requiere sólo síntesis de principios abstractos ó genéricos, sino que su complejión penetra por todo su contenido y todo él requiere síntesis y conciertos, jerárquicamente subordinados entre sí. Fecunda la paradoja en el orden intelectual, en cuanto sirve de anuncio de *nuevos aspectos y términos* de todo problema ó cuestión, y en cuanto requiere, por lo mismo, síntesis más comprensivas que las anteriormente concebidas; utilizable además para el arte, que halla en la oposición y contraste gérmes inagotables de belleza, es, sin embargo, para ciencia y arte la paradoja *estado transitorio*, nunca definitivo, pues implica para ambos manifestación siempre nueva del *por qué*, inherente á la naturaleza de la realidad y de nuestro destino dentro de ella.

En su precioso libro (*Le Paradoxe. Essai sur les excentricités de l'esprit humain dans tous les siècles*), Mr. F. Lollieé considera la paradoja de hoy como la verdad de mañana. Refiere que á mediados del siglo xviii, el Marqués de Argensón anunció la próxima invención de los globos, y que en breve poseería el hombre medios para viajar á través del aire. De quimérica y paradójica fué tachada su conjetura, convertida, desde la aparición de Montgolfier, en realidad.

La historia de las ciencias y de las artes se halla plagada de conjeturas audaces, tenidas al aparecer por paradojas y excentricidades de espíritus ganosos de originalidad. El transcurso del tiempo ha convertido las hipótesis que excitaban la risa de los cautos y descreídos en verdades positivas y comprobadas. No equivale lo que decimos á proclamar que se viole á toda hora la *lex parcimonie* ó de la circunspección científica; antes bien debe evitarse la paradoja, y no es lícito caer en ella por prurito y merced á pensamiento preconcebido (licencia poética que no han de usar el pensador ni el científico). La ciencia no obtiene sus triunfos, oponiéndose sin más á la opinión pública y al buen sentido; pero ni aquella, ni éste, son criterios de verdad, y si los más grandes talentos han caído en las mayores paradojas, no deben ni el pensador ni el científico perder la sustantividad y libertad de su pensamiento por temor á la paradoja ó por miedo á contradecir la opinión pública y el buen sentido; que en tal caso norma sería de la ciencia lo vulgar, autoridad en ella el número, y ley de la práctica la rutina, imposibilitando de tal suerte todo progreso del pensamiento y de la conducta.

Implica, por tanto, la paradoja problema que exige una solución. De donde resulta que el tránsito del orden especulativo al práctico se señala por una solución (cuando no puede ser total, parcial) del problema ó por la desaparición (aun cuando reaparezca de nuevo en otro aspecto) de la paradoja. Sin tal requisito, quedará el pensamiento constantemente divorciado de la práctica, dualismo que esteriliza los esfuerzos del primero é impulsa á la segunda por derroteros desconocidos. La racionalidad del pensamiento y de la conducta se acentúa por grados sucesivos, que ponen de relieve la desaparición constante de las paradojas sustituidas por síntesis cada vez más comprensivas. Pero si no existe signo más preciso de la madurez del pensamiento que el revelado en su aplicación á la práctica, haciéndose viable, resulta evidente que la paradoja es *fruto en agraz*, que no ha madurado aún, que debe seguir elaborándose según las leyes propias de la inteligencia para adquirir aquella complejión, que requiere la índole de la realidad, si ha de convertirse en *fruto maduro*, que sirva de guía en la conducta. Lo paradójico es pensamiento en elaboración, formable, pero no elaborado ni formado; podrá por tanto subsistir en el orden especulativo como condición de su progreso, pero no podrá traducirse á la práctica, interin no cese la contradicción que le caracteriza. Cuantos dualismos atestigua la observación propia entre lo que concebimos idealmente y lo que practicamos, son otros tantos testimonios, cual argumentos de carne, de las perturbaciones engendradas por la falta de elaboración del pensamiento, que no fructifica, sólo por ser conocido, sino en cuanto es vivido y practicado. Si ya se acepta como

aforismo vulgar que *sobra inteligencias y falta caracteres*, es porque de modo implícito se reconoce lo que venimos indicando.

El alcance de las consideraciones anteriores señala la índole de la educación intelectual, que no queda cumplida, interin el pensamiento no fructifica y madura, formando el carácter y estableciendo la racionalidad del pensamiento mismo con la conducta. La erudición, el saber, la cultura, la ilustración (condiciones que no riñen con el escepticismo) serán elementos utilizables, pero no son suficientes por sí para educar individuos y pueblos. El sentido general de toda educación teórica-práctica requiere el tránsito del orden especulativo al práctico, (desaparición de la paradoja) para formar el carácter y vivir según pensamos, haciendo cesar el dualismo de la teoría y de la práctica. No basta, pues, cultivar la inteligencia, sino que es preciso formar el carácter, haciendo que el pensamiento sea vivo y viable y que la vida se produzca racionalmente y según lo pensado. Si la paradoja es síntoma de un nuevo progreso en el pensamiento especulativo, lo es á condición de concebir síntesis parciales, que la hagan desaparecer, estableciendo la corriente central, en que se unan y concierten conducta y pensamiento. No ha de quedar satisfecha la misión de la inteligencia, mostrando que una cosa es verdadera, sino que necesita dirigir el impulso y esfuerzo de las energías interiores para que sea practicado y vivido lo estimado como verdadero.

Complemento de la instrucción y cultura (función primordial y condición indispensable de la educación) que en su progreso incesante tienden á que desaparezca la paradoja del pensamiento, es el *arte educativo*. Requiere, con la conciencia de la verdad de un principio, el conocimiento de todos los medios adecuados para hacerlo viable, y la apropiación, dentro del límite de nuestra naturaleza, de tales medios. Conocida la verdad y adquiridos los medios para realizarla, el pensamiento ha de ser vivido y practicado, se convierte en un *deber moral*, pues *quien puede debe*. En semejante caso, si subsiste el dualismo que divorcia la teoría de la práctica, si por un lado va el pensamiento y por otro marcha la conducta, no existe paradoja, sino falta de parte del que conoce, no en su inteligencia (que por esto se dice que *sobra*) sino en su carácter (que por lo mismo se afirma que *falta*).

Puede, según lo indicado, subsistir y de hecho subsiste la paradoja como signo de renovación del pensamiento, y debe en tal caso la práctica iniciar un *compás de espera* en todo lo que se refiere á lo tenido por paradójico, interin se resuelve en una síntesis comprensiva, que se convierta en máxima de conducta; pero no puede subsistir, (aunque en la apariencia de hecho subsista) la paradoja en el orden práctico, sino un dualismo entre lo que se piensa y lo que se vive que acusa una grave falta moral. La paradoja del orden intelectual es ó puede ser el *error*, nunca pecaminoso, siempre explicable y á veces condición para el progreso de la verdad (*errando errando, deponitur error*); la paradoja del orden práctico es siempre la *mentira*, germen pecaminoso de todas las imperfecciones del carácter. Para el primero la ley y la costumbre imponen la tolerancia y recomiendan los medios de la convicción y persuasión, si se aspira á corregirlo; para la segunda el buen sentido de las gentes y la razón prescriben ambas censuras.

En suma, y para consagrar la *libertad del pensamiento*, la inteligencia no peca, cuando yerra ó se equivoca; quien peca es quien intencionadamente miente, quien falta á sabiendas á la verdad. El error es de la inteligencia; la mentira procede de las faltas del carácter.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

POETAS ARGENTINOS

LA FLOR DEL SEIBO

Tu «Flor de la caña»,
¡oh! Plácido amigo,
no tuvo unos ojos
más negros y lindos,
que cierta morocha
del suelo argentino,
llamada... Su nombre
jamás lo he sabido;
mas tiene unos labios
de un rojo tan vivo,
difúndese de ella
tal fuego escondido,
que aquí, en la comarca,
la dan los vecinos
por único nombre:
La flor del seibo.

Un día (una tarde
serena de estío),
pasó por la puerta
del rancho que habito.
Vestía una falda
ligera de lino;
cubriala el seno,
velando el corpiño,

un chal tucumano
de mallas tejido;
y el negro cabello,
sin moños ni rizos,
cayendo abundoso,
brillaba ceñido
con una guirnalda
de flor de seibo.

Miréla, y sus ojos
buscaron los míos...
Tal vez un secreto
los dos nos dijimos,
porque ella, turbada,
quizá por descuido,
su blanco pañuelo
perdió en el camino.
Corrí á levantarlo,
y al tiempo de asirlo,
el alma inundóme
su olor á tomillo.

que absorbe en la noche
la flor del seibo.

Oyendo embriagado
su acento divino,
también, como ella,
quedé pensativo.

Mas como en un claro
del bosque sombrío,
se alzara, ya cerca,
su hogar campesino,
detuvo sus pasos
y llena de hechizos,
en pago y en prenda
de nuestro cariño,
hurtando á las sienas
su adorno sencillo,
me dió, sonrojada,
la flor del seibo.

RAFAEL OBLIGADO.

durante muchos siglos en embalsamarse á sí mismo
y en poblarse de eternos sepulcros.

Penetrad en el distrito fúnebre de Tebas; la ciudad muerta se establece en medio de la ciudad viva, silenciosa como un sepulcro y activa como un laboratorio; inmensas salas se suceden unas á otras, y su perspectiva se prolonga hasta perderse de vista como si se perdiera en la eternidad; en ellas, vigiladas por sacerdotes lúgubres que se ciñen pieles de panteras y se cubren con mascarones de chacales, la casta de los embalsamadores se ejercita silenciosamente en sus trabajos funerarios; en ellas, millares de cadáveres, que manos hábiles elaboran, se elevan lentamente á la dignidad de momias, pasando por todas las fases de la crisálida transformada y de la estatua devastada; á unos, después de vaciarles las entrañas, les llenan de composiciones olorosas; hunden á otros en una caldera de betún, stigia lustral, que debe de hacerles invulnerables á la corrupción; éstos se alargan bajo las es-



UN IDILIO

Al dárselo: «Gracias,
mil gracias», me dijo
poniéndose roja
cual flor de seibo.

Ignoro si entonces
pequé de atrevido;
pero ello es lo cierto
que juntos seguimos
la senda, cubierta
de saucos dormidos;
y mientras sus ojos,
modestos y esquivos,
fijaba en sus breves
zapatos pulidos,
con moños de raso
color de jacinto,
mi amor de poeta
la dijo al oído
mi amor, más hermoso
que flor de seibo.

La frente inclinada
y el paso furtivo,
guardó aquel silencio
que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
la sombra de un nido
que al soplo temblaba
del aire tranquilo,
—Allí se columpian
dos aves,—me dijo;
dos aves que se aman
y juntas he visto
bebiendo las gotas
de fresco rocío

LA MOMIA

Lo paganismo helénico consume el cuerpo humano en triunfal hoguera y convierte el cadáver en hermosa llama; disuelve al hombre como al diamante, sin dejar de él ninguna de las escorias de la destrucción.

La muerte aparece bajo la forma más ligera en el clima puro de la Grecia, y sopla la vida como si soplara la antorcha simbólica que los genios fúnebres aplastan con los pies y que expira en columnas de humo; entrega los despojos mortales al elemento que purifica, y sólo extrae de ellos un residuo diáfano, casi aéreo, un puñado de cenizas blancas, el polvo de las alas de la mariposa Psiquis.

El judaísmo y el cristianismo tratan con más dureza á los cadáveres; vuelven la carne á la tierra y la arrojan desnuda é indefensa á la miseria de la tumba.

Job dice á la podredumbre:—«Tú eres mi madre;» y á los gusanos del sepulcro les dice:—«Vosotros sois mis hermanos y mis hermanas.»

Sólo el Egipto lucha brazo á brazo con la destrucción, saturando con incorruptibles perfumes el cadáver que otros pueblos entregan á la tierra que mancilla y al fuego que devora; encadena con cintas su forma precaria y la arranca, secuestrándola á las metamorfosis de la corrupción, haciendo de la muerte una momia, esto es, una estatua petrificada por un montón de bálsamos.

Ofrece un fenómeno único ese pueblo ocupado

pirales de diminutas cintas; y aquéllos, colocados ya en su funda de cartón, sólo esperan el pincel del amanuense y del barnizador.

En la ciudad fúnebre también hay jerarquías; las momias tienen su aristocracia, su clase media y su plebe.

Un grupo de peluqueros, de pintores y de plateros se dedica á los cuerpos del rey, del sacerdote y del rico; les peinan los cabellos postizos, les trenzan las barbas, ingieren ojos de esmalte en las cavidades que contenían los naturales; en una palabra, les adornan para la tumba como si fueran á presentarse en la cámara nupcial de una divinidad.

Todavía es más notable la toilette fúnebre si se trata de mujeres delicadas y ricas que tienen su gineceo en la ciudad mortuoria; sus hermosas formas, trabajadas por manos de artistas, se metamorfosean en una vaga mezcla de perfumes y de platería; las doran los pechos como si fuesen copas, las uñas como si fueran sortijas, y los labios como si fueran collares; las esculpe el embalsamador en graciosas y castas actitudes; casi todas cruzan piadosamente los brazos sobre el pecho, y algunas cubren con las dos manos los misterios de su belleza, cual Venus de Médicis del sepulcro; una madre enterrada en Tebas estrecha contra su corazón la pequeña momia de su hijo recién nacido; en estos casos, el embalsamamiento sobrepuja á la escultura, porque, no en la materia insensible, sino en la misma vida, en la carne, en lo que sufrió y palpité, es donde se talló ese grupo maternal.

Encerraban á las momias de segunda clase en cajas menos ricas y cubiertas con sudarios más groseros, y á los pobres y esclavos les empaqueta-

ban precipitadamente con cestos contruídos de ramas de palmera.

Se comparan con frecuencia las bibliotecas á los cementerios; volviendo á veces la imagen, podria aplicarse con exactitud á la necrópolis egipcia.

¿No se asemejan á los libros las momias colocadas á lo largo de las paredes, con sus sudarios de papiro y sus estuches llenos de escrituras jeroglíficas?

Unas, magníficamente encuadradas, publican las glorias de los reyes y los misterios del sacerdocio; otras, envueltas en cartones vulgares, no encierran más que los secretos de la vida común; las últimas, en fin, con pobre envoltura, nos revelan la miseria y la desnudez de la esclavitud perpetuadas más allá de la tumba.

El viejo Egipto reconoce, sin embargo, una igualdad: la de la conservación en la muerte; embalsamaban al rico y al pobre lo mismo que al esclavo que trabajaba en las pirámides bajo el látigo del inspector por el salario de tres cebollas crudas, como á los Faraones que las mandaban construir para enterrar en ellas su ataúd.

Los lisiados, los leprosos, los seres deformados por la elephantiásis no escapaban de esa salmuera implacable; tenían su enfermería en la ciudad fúnebre, en la que, embalsamadores especiales, salaban y preparaban sus carnes purulentas; hasta momificaban los fetos; lo que no tenía vida parecia vivir.

Todavía llevaron más lejos su sagrada locura; llegaron hasta apoderarse del reino animal; el embalsamamiento alcanzó á las bestias, á las aves, á los peces, á los insectos, á cuanto pasaba sobre el mundo sin dejar en él más huellas que una marca en la arena, un nido en la rama ó un surco en las ondas del Nilo; se embalsamaba á los gatos, á los perros, á los cocodrilos, á las ratas, á los escarabajos, á las musarañas y á los huevos de las serpientes.

La más pequeña, la más fugitiva nota de vida, fijada por una atmósfera de perfumes, se cristaliza y se hacia inmortal.

El Egipto se insurrecciona contra la ley de la naturaleza, que quiere que todo vuelva á disolverse en la universal química que remueve la materia; acepta la muerte, pero la prohíbe destruir; á la fuerza destructora que encierra el Egipto, sus hijos oponen una farmacia energética, un encarnamiento secular, una teología que podria definirse diciendo que es «la higiene sagrada del cadáver.»

Pero, ¿dónde colocar esas generaciones que, después de su muerte ocupan tanto sitio como cuando vivían?...

El Egipto no retrocedió ante este problema; el pueblo embalsamador se hizo enterrador; inventó una arquitectura subterránea que copiaba, agrandándolas, las enormidades de su arquitectura exterior.

Imaginad un hombre cuya mirada pudiese penetrar por debajo de la tierra; pues bien, este hombre habria visto en Egipto un espantoso mundo subterráneo correspondiente al mundo de arriba, pero diez veces más vasto, cien veces más profundo y mil veces más poblado.

Cada ciudad se repite en necrópolis y cada casa cubre un pozo mortuario; bajo los pies de cada hombre que pasa, como raíces de las entrañas de la tierra, existe una fila superpuesta de momias, cuyos límites se hundén en profundidades insondables.

El Egipto es la fachada de un inmenso sepulcro; sus pirámides son mausoleos, sus montañas son colmenas de tumbas; el terreno suena hueco en las llanuras; epidermis de vida tapizando un osario gigantesco!

La ciudad, para alojar sus cadáveres, se ha convertido en cementerio y se ha dedicado á la muerte.

El ejemplo viene desde lo alto; desde que un Faraón subía al trono, dábese principio á la construcción de su tumba, y se trabajaba en ella mientras vivía; la altura y la profundidad de su sepulcro podía medirse por la duración de su reinado; diariamente veía crecer su pirámide ó alargarse la profundidad que habia de tragarse su momia; la muerte era el único horizonte de esos hombres consagrados á las ideas y á los trabajos póstumos.

Recorred los cementerios de los sacerdotes y de los reyes, y atravesaréis sombrías y espléndidas hileras de cámaras, de salas y de galerías en las que millares de manos se ocupan en tallar la piedra, en pintar las paredes, en desarrollar en la roca interminables paneles de jeroglíficos; juegos, cazas, festines, batallas, todo el poema de la vida, esculpido y colorido con grandiosa elegancia, se halla enterrado en esas catacumbas; y todo ese lujo de arte, sólo sirve para recrear los ojos de esmalte ó de cartón pintado de las momias!

Ninguna mirada viva profanaba esos museos crípticos; los pintores y los escultores, que los han decorado desde la base hasta la cima, han trabajado para la noche y para el silencio; apenas el cuerpo tomaba posesión de tales sitios, las puertas desaparecian bajo las rocas; la montaña se cerraba sobre el palacio fúnebre, le devoraba y le digería asimilándose á su masa árida, y no existía ya más que en el mapa de los sacerdotes, únicos geógrafos del mundo sepulcral.

Si ese mundo misterioso hubiera guardado su secreto, si los espoliadores no estuvieran dotados del olfato de las hienas para descubrir las tumbas ocultas, y si el Egipto, nivelado hasta entonces, hu-

biera abierto súbitamente el catafalco interior, cuya superficie es sólo el portal, ¡qué espectáculo habria expuesto al mundo de los vivos!... ¡cuarenta siglos embalsamados!... ¡un juicio final de momias!... ¡la historia humana y la historia natural de las generaciones de hombres y de animales que, desde los reyes-pastores hasta los Ptolomeos hollaron el suelo del Delta, milagrosamente conservadas!

Ese cocodrilo adornado con pendientes era adorado en los estanques de Menfis; quemaban incienso ante ese Ibis, al que el tiempo no ha robado ni una sola de sus plumas; tocado ese sudario bordado de perlas; debajo de él palpitaba el corazón de Cleopatra, y el áspid que mordió su brazo de ambar, levanta al lado de ella su acerada cabeza; al percibir el perfume que exhala, cualquiera diría que acaba de salir de aquella cesta de higos y de flores.

¿Cuál fué el principio del fetichismo mortuario que caracteriza á la raza egipcia?

Es necesario preguntarle á su mitología el sentido de sus extraños funerales.

Según la doctrina de sus sacerdotes, el alma depende del cuerpo hasta después de su separación; ella le refleja de lejos en sus encarnaciones sucesivas, y se resiente más allá del tiempo y del espacio de sus mutilaciones y de sus heridas; su individualidad espiritual se asegura con la integridad de su despojo material; de aquí nacieron los infinitos cuidados prodigados al cadáver y su inviolabilidad; el cadáver era para tal pueblo la prenda que detrás de sí dejaba el hombre al partir para el viaje misterioso, la canción, la garantía, la hipoteca de su destino; el culto á la muerte fué la plaga histórica del Egipto.

Es perjudicial la escuela del sepulcro; enseña la inmovilidad, el entorpecimiento y el sueño; el pasado momificado petrifica el porvenir.

PAUL DE SAINT-VICTOR.

NÚÑEZ DE ARCE

Es su grandioso canto nuestro siglo; la duda que punzante nos desgarró; la civilización, el anatema sobre el traidor, el déspota ó la infamia; el rugir de los pueblos desbordados; de un titán los gemidos y las lágrimas; el puñal de Catón; el estandarte de la sublime libertad sagrada; la indignación de un pecho generoso; la hermosa voz de la conciencia humana y el terrible lamento de los dioses caídos de los cielos y las aras.

MANUEL REINA.

LAS CIUDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS

Los Estados Unidos á la luz de la realidad.—Cómo han crecido.—Nueva York.—Boston.—Filadelfia.—Minneapolis y San Pablo.—San Luis.—San Francisco.—España en América.

El 1.º de Mayo de 1893 se inaugurará la gran Exposición de Chicago, á la que es de esperar que España concurre. No espero que la visiten muchos españoles, por ser largo y dispendioso el viaje y poquísimo ó nada aficionados á viajar nuestros compatriotas. Pero bueno será que los que se vayan y los que se queden adquieran nociones exactas de lo que es la República norteamericana.

Acerca de ella corren mil fábulas; casi nadie la conoce bien. Su asombroso crecimiento, maravillando á muchos, ha dado motivo para que la declaren modelo de naciones. Sin pensar en el vigor juvenil que la comunica tan poderosas energías, ni en la inmensidad y riqueza del territorio, ni en las aptitudes de la raza, todo se ha atribuido á las instituciones por que se gobierna. La crítica social arcaica no ha sabido ver más.

No hablaré de este asunto, porque he de tratar de otro. Me limitaré á probar con algunas cifras, que de la política interior de los Estados Unidos á la nuestra no hay distancia. Si alguna existe, la ventaja es nuestra.

Florece por allá lo que entre nosotros se llamó en algún tiempo empleomanía. En 1829 decía el presidente Jackson: *Los destinos para los vencedores*. En aquella época tenía la República 25.000 empleados que costaban 23 millones y medio de duros. En la actualidad sólo el Gobierno de la Unión dispone de 125.000 destinos que cuestan 371 millones y medio. Estos destinos son la moneda con que se retribuyen los servicios electorales. El Sr. Cleveland, antecesor del presidente Harrison, decretó las siguientes cesantías en tres años: de 2.359 empleados de Correos, 2.000; de los 33 representantes de la Nación en el extranjero, 32; de 21 secretarios de legación, 16; de 85 cobradores de impuestos, 84; de 30 jueces territoriales, 22; de 52.600 empleados de Correos (4.ª clase), 40.000, y así en lo restante. Nunca se ha visto en España desmoche igual, ni se verá.

Verdad es que nadie se ha atrevido á decir lo que Jackson.

Van estas noticias por delante, y muy de intento. El lector podria equivocarse mucho midiendo la diferencia entre España y los Estados Unidos por las que se siguen. Aunque es error craso equiparar el crecimiento de un muchacho de 15 á 25 años al de un hombre maduro, son bastantes entre nosotros los que en él caen, y los que dejándose deslumbrar por la espléndida naturaleza de aquél, lejos de mirar á la diferencia de años, fijan la atención en el traje atribuyéndole las ventajas de la juventud.

Al nacer los Estados Unidos contaban tres millones de habitantes en un millón de kilómetros cuadrados. En el presente año aquéllos pasan de 62 millones y este de 9 millones y medio. El progreso es rapidísimo, pero aun es mucho mayor el de las ciudades principales.

En 1614 existían un fortín y cuatro casuchas en la extremidad meridional de la isla de Manhattan. Llamábase aquella agrupación Nieuwe Amsterdam, y era pueblo de holandeses. Cuando los ingleses la conquistaron contaba 2.000 habitantes. Hace poco más de un año ocupaba 106 kilómetros cuadrados—diez veces más que Madrid—y albergaba más de millón y medio de habitantes sólo en el casco de la ciudad propiamente llamada Nueva York. Esta, con Brooklyn y los demás suburbios, extiéndose desde Jamaica—hoy hasta Paterson—40 kilómetros,—cubre 814 kilómetros cuadrados y encierra 3.250.000 habitantes. Muchas de sus casas tienen 20 pisos. Cuenta más de 1.000 iglesias, de donde le viene el nombre de *City of the churches*, ó ciudad de las iglesias.

«Como ciudad industrial y científica, New York es seguramente inferior á Boston, su rival», escribe el Sr. Reclus en su *Geografía*.

Boston vino al mundo porque un aventurero que *no queria tener por señores á obispos ni á puritanos* plantó su cabaña en cierta península arenosa de la bahía de Massachusetts, llamada Shawmut por los indígenas. La actual ciudad ocupa cuarenta veces más espacio que el pueblillo de mediados del siglo xvii. Su circunferencia es de 20 kilómetros, y su población de 900.000 habitantes. En 1638 un buen ciudadano llamado Harvard regaló á la naciente Boston su biblioteca. Sirvió ésta de núcleo al Harvard College de nuestros días. Harvard College es una ciudad docente, compuesta de inmensos salones, museos completísimos, copiosas bibliotecas, admirables anfiteatros, soberbios palacios para morada de profesores y discípulos, colegios, jardines, parques, gimnasios, todo, incluso Observatorio astronómico y Jardín botánico. ¡Como que Harvard College tiene de capital 35 millones de pesetas anuales! Posee además Boston una biblioteca municipal aun más rica que la del Colegio, las mejores escuelas técnicas del mundo, un Museo de pinturas magnífico, otro de Historia natural, etc., etc.

¡En esto ha venido á dar la cabaña del aventurero de 1623!

Filadelfia, más joven que New York y que Boston, aventaja á ésta en población, y en extensión á ambas. Una piedra situada en los muelles del Delaware, señala el sitio en que Guillermo Pener compró á los indios un trozo de tierra para establecerse hace poco más de dos siglos: en 1682. De aquella celdilla urbana ha salido el coloso de nuestros días. Filadelfia tiene un millón cien mil almas, y es mayor que Londres. Cada familia tiene una casa, por lo general de uno á dos pisos. Comparemos la gran ciudad americana con varias de las ciudades europeas.

Madrid.....	12 kilómetros.
París.....	78
Londres.....	305
FILADELFIA... ..	315

En Filadelfia se construye actualmente la torre más alta del mundo, no contando, por supuesto, la torre Eiffel. Tendrá 170 metros, y la coronará una estatua de Guillermo Pener, de 11 metros de alto.

Llegamos á Chicago, la ciudad de moda. A fines del siglo xvii era un grupo de tres ó cuatro cabañas; en 1830 contaría 25 vecinos; el censo de 1891 la atribuye más de un millón doscientos mil habitantes. Está, por tanto, en el segundo lugar entre las ciudades norteamericanas, pues la primera sigue siendo New York. Ocupa á lo largo del lago Michigan 40 kilómetros, y su territorio municipal extiéndose por una superficie de 471 kilómetros cuadrados. Es la mayor ciudad del mundo, salvo si contamos á New York con los arrabales. Adviértase, para mejor calcular lo asombroso del crecimiento en Chicago, que en 1871 fué casi destruída por un colosal incendio, el cual consumió 17.450 casas. Quedó cubierto de cenizas un espacio de ocho kilómetros cuadrados, y el resplandor y las cenizas llegaron hasta las islas Azores, situadas más lejos de allí que Madrid de la Habana. Certifican el hecho varios autores muy graver.

Los ejemplos citados son los más conocidos, pero hay otros no menos dignos de serlo. Cuanto



Una lo pinto.

UNA ODALISCA

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª



D. Hernández lo pintó.

GANSOS HUYENDO, ESPANTADOS POR UN TREN

más al Oeste, mayores prodigios sorprenden al estudioso.

Donde hoy se levanta la ciudad de Minneápolis (Estado de Minnesota), existía en 1822 un molino solitario y medio abandonado. Diez años después aun no tenía Minneápolis correo. Está situada á orillas del Mississipi, junto á saltos de agua que ponen á su disposición una fuerza de 50.000 caballos. A pocos kilómetros de ella va creciendo con rapidez igual la ciudad de San Pablo, capital del Estado, nacida en 1838 de una choza construída por un cazador. Minneápolis tiene 204.000 habitantes, y San Pablo 160.000. Dentro de un par de años se habrán fundido en una sola, y San Pablo de Minneápolis contará medio millón de almas.

San Luis, capital del Missouri, en la confluencia de este río con el Mississipi. Hace 130 años establecióse en aquel sitio un canadiense llamado Laclède. En 1800 aun contaba un millar de habitantes. En 1888 San Luis prolongábase á lo largo del río por espacio de 26 kilómetros, y equipaba en superficie á dos ciudades como París. La población pasa del medio millón.

San Francisco debe su fundación á unos misioneros españoles que allí se establecieron en 1776. Hace 50 años era una aldea miserable. Cuenta más de 300.000 almas, y su puerto tiene un movimiento de más de dos millones de toneladas.

Mientras nosotros hemos hecho en esta vieja tierra española una revolución con fórmulas exóticas, viejas y gastadas, ha crecido en la América del Norte el pueblo cuya importancia adivinó el gran Conde de Aranda. No olvidemos que habiendo perdido para siempre el puesto que en Africa nos correspondía, sólo viviremos entre las grandes razas del porvenir por América. Hacia ella debemos volver la vista, en ella debemos buscar los nuevos mercados y las nuevas amistades. En Europa vivimos rodeados de enemigos que vengan en nuestra debilidad presente el pavor que causamos durante nuestra pasada fortaleza, siendo los más peligrosos los vecinos. Allende el Atlántico sólo amigos debemos tener.

Ojalá estas breves líneas hayan despertado en algún lector aficiones americanistas.

G. REPARAZ.

EL DESCASTADO

Tú, á quien lanzó desnudo á tierra extraña civil discordia ó el rigor del hado, no del todo te llames desgraciado si la patria en tu seno te acompaña.

Misero aquel que de su propia entraña la patria misma arranca descastado, y vive de su imagen divorciado ó evócala tal vez con impia saña.

¿Adoptar podrá en cambio ajena tierra? ¡No! jamás gozará de afecto fijo quien secó la raíz que el suelo aferra.

Hijos no engendra quien de nadie es hijo, y germen de virtud ninguno encierra árbol estéril á quien Dios maldijo.

MIGUEL ANTONIO CARO.

LA PRIMERA MOSCA



SOLABA el aire con lúgubres quejidos en aquella desapacible mañana del mes de Marzo, mientras Juanito estudiaba su lección de Geografía. Desde el balcón que iluminaba el cuartito del estudiante, futuro ingeniero en la fantasía de sus cariñosos padres, se descubría el pintoresco horizonte de los cigarrales de Toledo, horizonte sin segundos términos, pero cuyas graciosas curvas y caprichosas ondulaciones se complacían en seguir amorosamente la vista, ora descansando en la blanca casita del cigarralero, ora deteniéndose en las manchas verde gris de los olivares ó en las blanquecinas de las flores del albaricoque, que ya se mostraban en toda su lozanía destacándose sobre el verdégay aterciopelado de la natural alfombra ó sobre el pardo azulado de las peladas rocas, ora recorriendo las sinuosidades del terreno, con sus variados tonos grises y verdosos, que hacen de los alrededores de la imperial ciudad de los concilios vistosísimo panorama de riqueza visual, inagotable.

Juanito estudiaba aquel día, de repaso, los círculos máximos de la esfera, y le daba muchísimo que hacer aquella endiablada eclíptica, aquel círculo que demuestra que la tierra está torcida, cosa que él no podía explicarse satisfactoriamente y que le ponía los pelos de punta, haciéndole temer que se le viniera la casa encima el mejor día, y aquel famosísimo Zodíaco, aquel otro soberbio círculo del cielo que le pintaba el planisferio que tenía delante con sus doce figuras, *el carnero, el toro, los gemelos, el cangrejo, el león, la virgen, la balanza, el escorpión, el sagitario, el macho cabrío, el acuario y los peces.* ¡Cuánto le preocupaba aquello! ¿En qué sitio del

cielo estarían tan bonitas cosas? Juanito era curioso, como lo son casi todos los niños, y rabiaba por ver aquellas maravillas en la azulada bóveda celeste; sobre todo lo que más impresión le hacía y más anhelaba descubrir era la de Sagitario; aquel gallardo caballo, rematado, del pecho para arriba, en apuesto y varonil mancebo de hercúleas formas, armado con su tendido arco y amenazando lanzar al espacio la tremenda saeta de acerada punta, le volvía el juicio. Hubiera dado su mejor juguete, un caballo de cartón que su tía Sagrario le había traído el martes, día de su santo, por ver á su gusto aquel fantástico centauro. Más de una noche, á pesar de las reprimendas de su madre, que decía con razón que no estaba el tiempo todavía para tomar el fresco, Juanito había burlado la vigilancia materna y había bajado al vecino paseo de San Cristóbal, de hermosísimo horizonte, para descubrir aquel hombre-caballo que le quitaba el sueño.

—¡Si yo fuera así!...—se decía Juanito con cierta envidia.—¡Cualquiera se metía conmigo! Que viniera entonces á pegarme Manolo.... ¡Ya vería él! Le soltaba un par de coces, y ¡zis, zás!, ¡patas arriba!... Luego echaba á correr, y ¡ya podían pescarme!

Lo que no le agradaba era el pensar dónde tendría que dormir si fuera él de aquel modo. En una cama no podía ser, porque.... «¡chehe usted camal!», y luego, «con tantas piruetas como uno da.... ¿cómo se las arreglaba uno con aquellas cuatro patas?» Juanito hacia un mohín mordiéndose los labios, se rascaba la cabeza y refunfuñaba: «tenía que ser en una cuadra, porque como es un caballo por abajo»....

Pero el hecho es que todas sus pesquisas habían sido vanas; por más que miraba y remiraba el cielo escudriñando todos sus rincones, no tropezaba con Sagitario ni con ninguna de las demás figuras del Zodíaco. Una vez había logrado apoderarse del antejo de largavista de su padre, un antejo de vara y media de largo, y ufanísimo con su conquista, aguardó impaciente la noche, y escurriéndose como pudo, bajó á la explanada de San Cristóbal seguro de tropezar aquella vez con el quimérico centauro. La explanada estaba sola, y esto redobló sus esperanzas; nadie le estorbaría. Sacó el monumental antejo de su murgrieta vaina de cuero, lo sujetó entre sus dos rodillas y empezó á tirar de sus tubos, y uno tras otro salieron los cuatro de que se componía, y Juanito, armado con aquel aparato, más alto que él, trató de izarlo para apuntar al cielo. ¡Imposible! No tenía él fuerzas ni pulso para sujetarlo en ninguna posición. ¿Qué hacer? Juanito, desalentado, verdaderamente descorazonado, miraba á todas partes en busca de inspiración. Al fin se decidió y se tiró en el suelo boca arriba empuñando el antejo nerviosamente. ¡Nada tampoco! No podía sostenerlo fijo ni vertical, ni menos oblicuamente. El pobre muchacho estaba jadeante. Comprendió que, como Arquímedes, necesitaba un punto de apoyo y pensó en el asiento corrido que existe á lo largo del paseo del lado del Tránsito; buscó un pequeño ángulo que forma este asiento á la parte de arriba, frente á la cárcel, se recostó contra el ángulo para poder mirar con más comodidad, y apuntó el antejo hacia San Juan de los Reyes, la gallarda silueta de cuya cúpula cortaba con sin igual limpidez de líneas, en aquella hermosa noche, el manto azul del cielo; miró Juanito, satisfecho en parte al ver fijo el antejo, y ¡nada! ¡todo negro! Creyendo que las fábricas del Tránsito ó de San Juan de los Reyes eran las que le impedían ver, apuntó algo más á la izquierda, hacia Montealegre, y ¡lo mismo! ¡todo negro! Juanito se desesperaba; se le saltaban las lágrimas de despecho y rechinaba de rabia los dientes. Se dirigió entonces, como última y suprema tentativa, á la bajada que pone en comunicación la explanada de San Cristóbal con el paseo del Tránsito, y allí, seguro de que nada se interpondría entre su antejo y el cielo, se volvió á poner de rodillas, estribó el instrumento óptico en el antepecho de la bajada y miró casi verticalmente. ¡Oh dicha! ¡Al fin veía una claridad! En su campo de observación centelleaba una hermosa estrella que le deslumbraba con las titilaciones de su luz. A Juanito le dió un vuelco el corazón, y emoción inefable le sobrecogió; hizo un movimiento para situarse mejor, y el antejo, venciendo la escasa resistencia que la débil mano de Juanito le oponía, resbaló por la línea harto inclinada del antepecho describiendo una curva, y vino á caer pesadamente contra una piedra. Se oyó un chirrido ¡chrris!, y Juanito se puso más blanco que la cera; si se le hubiera tomado el pulso en aquel instante, no se le hubiera encontrado. El antejo tenía roto el objetivo y mellado el cerco de bronce del tubo más ancho, y Juanito, en lugar de encontrar á Sagitario, se encontró con unos azotes que le propinó su padre cuando volvió empungido á su casa, con el antejo inutilizado.

En la mañana de Marzo de nuestra narración, Juanito repasaba su lección de Geografía, y el recuerdo de aquella memorable noche con sus múltiples fracasos asediaba su mente, dejándole sumido en profunda meditación. En el horizonte de su fantasía se perfilaba el briosísimo centauro, el Sagitario del Zodíaco con su inseparable arco tendido, y Juanito seguía con entusiasta mi-

rada interior su arrebatador galope, ora majestuoso, ora desenfrenado, á través de los espacios, en un mundo de luz, poblado de ángeles y salpicado de estrellas.... ¡Oh! ¡Qué precioso! ¡Y no poder ver aquello! ¡Qué lastima!

Las cuerdas de la persiana, movidas por el viento, azotaban de vez en cuando los cristales del balcón con estridente choque. Juanito se levantó y se asomó á los cristales.

—¡Vaya un aire que hace hoy!—exclamó,—oyendo zumar el viento.

Y para aumentar el ruido, porque todos los niños gustan del ruido y de la luz, sin duda por ser manifestaciones de la vida que en ellos hierve, se puso á tararear la mazurka del *Chaleco blanco*

Tengo mucho que contarte,

que había aprendido una noche que sus padres le llevaron al teatro de Rojas, acompañándola con acompasados golpes en las vidrieras del balcón.

Una diminuta mosquita que vino á posarse en el cristal en que golpeaba llamó de pronto su atención, haciéndole olvidar de su canción y de su acompañamiento. ¡Qué mosca tan bonita! ¡Una verdadera monada! Tenía unas alitas estrechas y prolongadas, tan limpias y tan transparentes como finísima placa de cristalina mica; surcábanlas delgadísimo hilos apenas perceptibles, y á través de ellas se descubría el cuerpo de la mosca, un cuerpo diminuto, cuya delicadísima envoltura era tan diáfana que dejaba ver toda la armadura interior de aquel insecto, semejando una gotita de agua ligeramente teñida de rojo. ¿Y las patitas? Aquello era un primor de delicadeza y de agilidad.

Juanito contemplaba la mosca con infantil curiosidad; era la primera mosca del año, y nunca las había visto tan pequeñas, y si las había visto, nunca como entonces se había fijado en ellas.

—¿De dónde habrá venido esta mosca?—se preguntaba Juanito.—¿Dónde estará su madre? ¿Cuánto tiempo tendrá? ¿Tan pequeña y ya sabe volar sola! ¿La darán de comer sus padres como hacen los pájaros con sus hijos? ¿Dónde tendrá el nido? ¿Un nido de mosca! ¡qué mono debe ser! Pero... yo no he visto ninguno. Tengo que entre tenerme en buscar uno, para ver cómo son: deben ser muy chiquititos y estar hechos de esa pelusa que crían los árboles, que es tan blandita. Lo que más me choca es lo largas que tiene las alas para ser tan nuevas: ¿nacerán con alas las moscas? ¡Puede que sí, porque como no tienen plumas! ¡Velay entonces por qué pueden volar desde tan pequeñas! Tienen más fortuna que los pájaros, que se tienen que estar en el nido una porción de tiempo hasta que se les cubren las alas y aprenden á volar.

La mosquita, entretanto, como si se diera cuenta de la minuciosa observación de que era objeto y de la admiración que inspiraba, estaba todo lo quieta y pacífica que puede estar una mosca. En aquel momento una blanca nube de esplendente blancura que parecía montón inmenso de algodón en rama, se corrió hacia oriente con suave movimiento, y el sol, encontrando abierta aquella ventana, lanzó por ella sus vivificadores rayos inundando de alegre luz el cuarto de Juanito.

La mosquita pareció regocijarse con aquel baño de calor, y esponjando sus alas, dió un pequeño vuelo, volviendo á posarse en otro cristal; allí comenzó la frecuente tarea de su *toilette*, limpiándose primero con rápido movimiento de sus patas traseras las partículas de polvo depositadas en sus transparentes alitas, y lavándose después con sus patitas delanteras la cabeza y la parte anterior del cuerpo, todo con movimientos tan vivos y graciosos, que Juanito estaba entusiasmado. Aquel bajar y subir de la cabeza para facilitar la limpieza, y aquel aletear cadencioso tenían verdaderamente algo de coquetería. Indudablemente aquella mosca debía ser una *ella* y estaba destinada á conquistar no pocas voluntades en la sociedad mosquil; un *mosco* no hubiera empleado en el aliño de su cuerpo tanta gracia y tanto donaire.

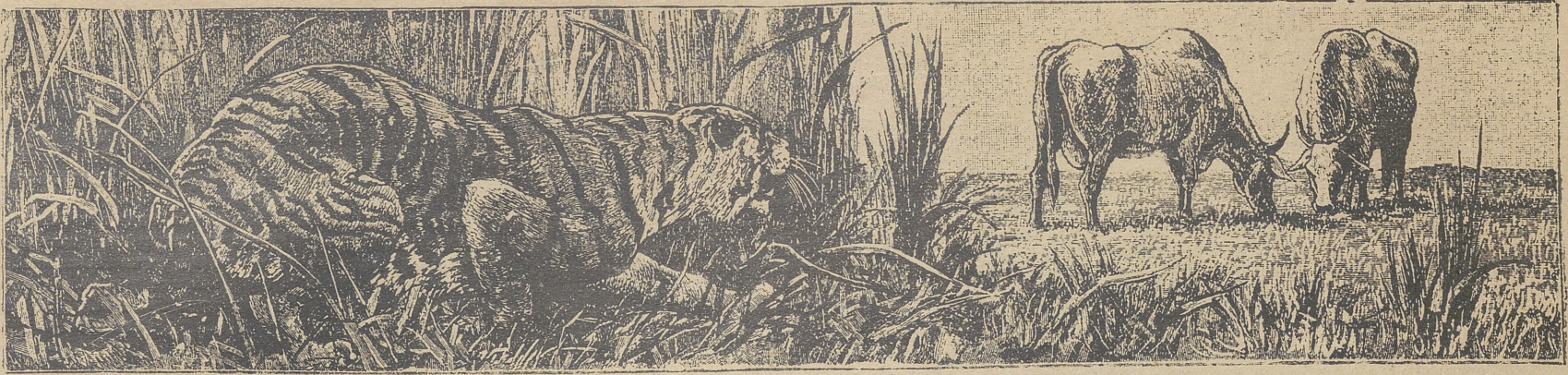
—¡Esa ya sabe más que yo!—decía Juanito siguiendo con la vista sus movimientos.—Yo no sé todavía agarrar el cepillo para limpiarme la ropa y esa ni siquiera necesita cepillo; con sus patas lo arregla todo.

La mosquita terminó sus maniobras (ó patiosbras) de lavado, se detuvo un momento como para examinar el resultado de su trabajo, y pareciendo satisfecha, dió un vuelo y fué á posarse sobre una motita oscura que se encontraba en uno de los ángulos del cristal.

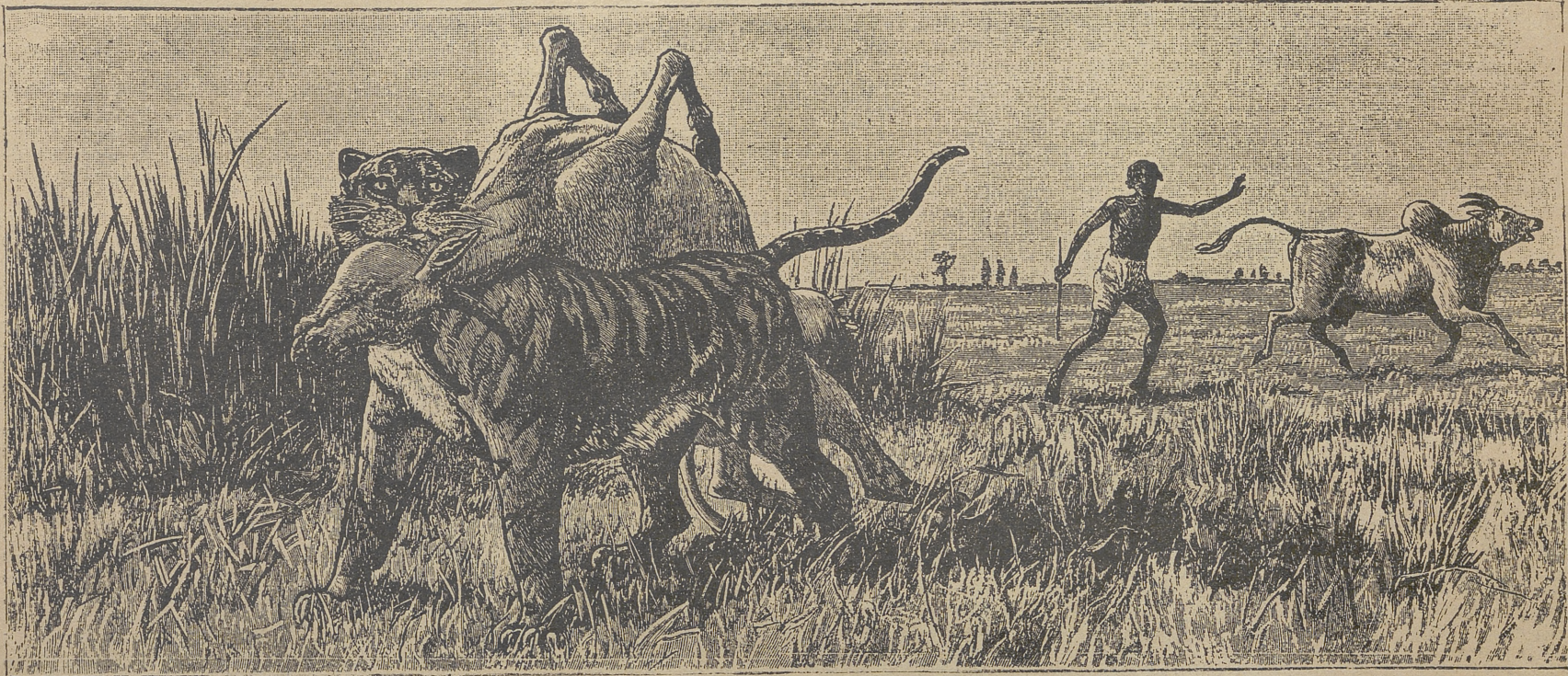
Allí comenzó otra tarea. Juanito la vió acercarse á la motita y ejecutar en seguida una serie de movimientos con una cosa que salía de la cabeza, así como una especie de hilito que tuviera un nudo á la punta, y que se estiraba y se encojía alternativamente, llegando al estirarse hasta la motita del cristal y replégandose después hasta casi desaparecer en la cabeza.

—¿Qué estará haciendo?—decía Juanito.—¡Puede que esté comiendo! ¡Sí, eso debe ser! Ese hilo que sale de la cabeza debe ser la lengua ó cosa así. ¡Cuidado que para ser tan chica no tiene la lengua poco larga!... ¡Y no acaba en punta como la nuestra! ¡Eso sí que es particular!... Pero ¿qué

CAZA DEL TIGRE DE BENGALA



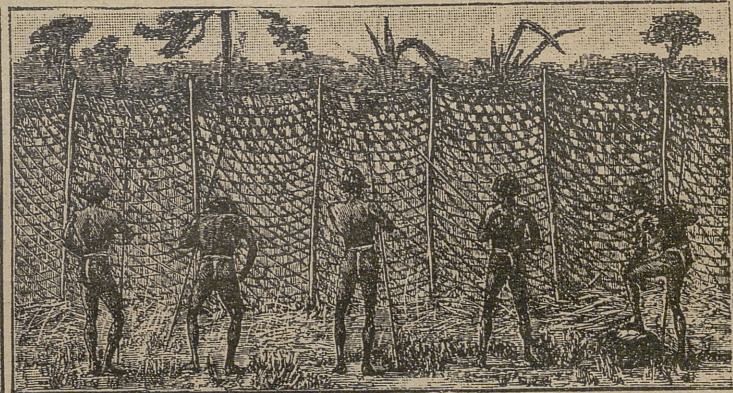
EL CEBO



LA PRESA



EL ACECHO



MOMENTO CRÍTICO



¡CONSUMMATUM EST!

come? ¡Una porquería!... ¡Cochina!... ¡Parece mental!

Juanito estaba indignado.

—¿Y si tiene hambre y no tiene otra cosa que comer?— se dijo el estudiante de Geografía recapacitando y mostrándose dispuesto á perdonar á la mosca aquella infracción de las leyes instintivas del buen gusto.—¡Quién sabe! También yo he leído que los naufragos van muchas veces á parar á islas desiertas y tienen que comer todo lo que pillan, hasta ratones y arañas.... ¡uf! ¡qué asco! ¡Dios quiera que á mí no me suceda nunca nada de eso! ¡Mejor me querría morir!

Juanito estaba impresionado. Su juvenil imaginación volaba por fantásticos países, y á manera de cuadros disolventes, cruzaban ante sus ojos escenas horribles de hambre y de miseria, las escenas que había leído ó le habían contado, agigantadas por la propia pequeñez de su infantil espíritu.

—¡Voy á buscarla un terrón de azúcar!— exclamó,—volviedo de un salto á la realidad presente y corriendo á la cocina.

Con un terrón de azúcar de pilón, de los que sobrantes de su café le traía todos los días su padre del café de Revuelta, volvió Juanito ufano á su habitación. El sol se había vuelto á ocultar tras una nube negruzca que entristecía el cuarto y el paisaje y que amenazaba descargar sobre Toledo copioso aguacero; algún resquicio, sin embargo, debía quedar en la vaporosa trabazón de aquella nube, porque aunque el sol no se veía, se notaba al extremo izquierdo del nubarrón un resplandor nacarado, por donde brotaban haces de dardos de llamas como los de los nimbos y las aureolas de los santos, que iban á dar sobre la roca en que se asienta la ermita de la Virgen de la Cabeza, haciéndola surgir bañada en luz por entre las sombras de los montes, rodaderos y cigarales que la circundan, produciendo maravillosa impresión.

La mosca había cambiado de sitio; harta sin duda de aquel manjar, había buscado nuevo plato, y estaba posada en el cristal más alto, junto á otra motita semejante á la primera. Juanito no alcanzaba y se subió á una silla, alargando á la mosca el terrón de azúcar. La mosca, lejos de aceptar el ofrecimiento, pareció asustarse y se echó á volar.

Cuantas veces se paraba, Juanito se acercaba muy quedo y alargaba el consabido terrón con pausado movimiento para tranquilizar á la mosquita.

—¡No seas tonta!—la decía.—¡No te voy á hacer daño ninguno! Al contrario. Mira. ¿Ves? Es un terrón de azúcar muy dulce. Pruébalo, verás cómo te gusta; de seguro que no has comido nada tan rico. ¡Anda, tonta!

La mosquita decididamente no comprendía la lengua de Juanito ni su expresiva mímica. Cada vez más asustada, volaba de un lado para otro sin pararse en ninguna parte, como no fuera para descansar un momento. Juanito corría tras ella poniéndola el terrón delante y atolondrándola más y más; y así recorrió la mosca uno tras otro todos los cristales y todos los libros del estante de Juanito, y todas las estampas que decoraban el cuarto, y todas las sillas, y la mesa, y el portier, y el techo, y el suelo, mientras Juanito corría tras ella, ya subiéndose á las sillas, ya andando por el suelo á gatas, ya encaramándose sobre la mesa para alcanzar al techo, y siempre con el mismo negativo resultado. Hasta, temiendo que la mosca no quisiera el terrón por ser demasiado grande, había partido un pedacito sin conseguir mejor fortuna, agotando al propio tiempo estérilmente todo su repertorio de frases cariñosas y tranquilizadoras.

Aquella pertinacia de la mosca había picado en lo vivo la susceptibilidad de Juanito.

—¡No, pues no has de poder tú más que yo!— decía.—¡*Velis nolis!* has de comerme mi terrón. ¡Pues no faltaba más! Si no quieres por bien, por mal. ¡Desagradecida!

Para dar cumplimiento á su amenaza, Juanito volvió á la cocina y regresó á su cuarto armado con una copa de cristal. Depositó el terrón de azúcar en la mesa, rebuscó entre sus papeles uno que, sin ser grueso, fuera bastante fuerte para mantenerse terso, y empuñando la copa con la mano derecha y sosteniendo la cuartilla de papel en la izquierda, se dirigió al balcón, donde la mosca revoloteaba inquieta como si quisiera escapar á la calle.

—¡Ahora nos veremos!—decía Juanito.—¡Pues qué! ¿He de poder yo menos que una mosca? ¿Se ha de salir la mosca con la suya? ¡Quiá! Comerá su terrón. ¡Vaya si lo comerá!

El jirón de la nube por donde el sol iluminaba el montículo de la Cabeza se había rasgado más, y el torrente de luz, descendiendo hacia la estrecha cuenca por donde corre el Tajo ciñendo con sus verdosas aguas á Toledo, subía después por los rodaderos jerosolimitanos del Tránsito, y ensanchándose de pronto, corría á iluminar por un lado la vega baja con sus múltiples carreteras y la azulada techumbre de la fábrica de armas blancas, y se extendía por otro hasta el pintoresco santuario de la Virgen del Valle, avanzando en dilatada línea de luz sobre la ciudad primada, que no tardaba en inundar con sus vivificantes rayos.

Juanito había intentado apoderarse de la mosca con su copa; pero el insecto, como si adivinara sus intenciones, en cuanto el estudiante se acercó para ponérsela encima, cogiéndola prisionera, dió un vuelo y se fijó en el techo.

—¡Tú bajarás!—dijo Juanito con imperturbable sangre fría,—sentándose para esperar y sin quitarle ojo.

Bajó, en efecto, y volvió á posarse en un cristal, pero de los más altos del balcón. Juanito cogió una silla, la acercó y se subió en ella; la mosca estaba muy ocupada en arreglarse las alitas que con tantas idas y venidas debían haberse ensuciado ó descompuesto. Juanito juzgó el momento favorable, y con mucho tiento, poniéndose de puntillas sobre el asiento para alcanzar mejor, acercó el vaso al cristal, la mosca debió notar alguna cosa y quiso volar, pero Juanito no la dejó.

—¡Ya eres mía!, gritó poniendo de plano los bordes del vaso en el cristal del balcón.

¡Qué decepción! Al inclinarse para aprisionar la mosca, de puntillas como estaba, sus pies habían resbalado sobre la silla, su mano derecha había golpeado con el vaso en el cristal del balcón haciendo pedazos con estrépito cristal y vaso, y su cuerpo, falto de apoyo, había rodado por el suelo sin hacerse afortunadamente daño.

Juanito era valiente y no se asustó por su caída. Se levantó de un brinco, miró un momento un ligero rasguño que se había hecho en la mano derecha, contempló después con despechada calma el cristal roto del balcón, que mostraba un agujero más que regular de donde irradiaban líneas de resquebrajaduras en todas direcciones, y sin pensar en la zurra que podría costarle aquel desaguisado, ni acordarse más que de la mosquita, que por ninguna parte se veía, y que sin duda se había escapado por aquella abertura, exclamó haciendo un expresivo mohín, abriendo los ojos y cerrando fuertemente la boca:

—¡Me has fastidiado!

FERNANDO ARAUJO.

Toledo, Mayo 10-92.

SONETO

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL PETRARCA

Bendito sea el año, el mes, el día,
y la estación, y el tiempo, el punto y hora
en que ese tu mirar, gentil señora,
robó mi libertad y mi alegría.

Bendito aquel afán que el pecho hería,
y el no menos cruel que siente ahora,
y los dolores todos que atesora
en su seno más hondo el alma mía.

Y bendita mi voz cuando se emplea
en proclamar tu nombre idolatrado
entre los sueños que el delirio crea.

Y en mis años mejores derribado,
que mi muerte también bendita sea
si ella te hace feliz, dueño adorado.

JULIÁN ROMEA.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Un idilio.—¡Quién no ha soñado alguna vez, sobre todo en estos días calurosos del estío, con un espléndido paisaje lleno de árboles frondosos, un cielo resplandeciente y un hermoso lago azul reflejando tantas bellezas!

Con la imaginación hemos completado el cuadro forjando una ligera barca, dentro de la cual estrechábamos entre los brazos á «la elegida de nuestro corazón», mientras el amor guiaba al débil esquife y á los extasiados amantes.

Algunos blancos cisnes, compañeros de estas vagas ilusiones, interrumpían la monótona extensión del lago, y, al caer la tarde, cuando las sombras se avecinan y algo misterioso parece flotar en el ambiente y rodear todos los objetos, todas las cosas y todos los seres, hemos colmado el soñado idilio difundiendo nuestra alma en la encantadora magia de la Naturaleza, que en tales momentos, perdiendo líneas, colores y contornos, parece prolongarse hasta perderse en lo infinito.

Algo de este indefinible éxtasis ha inspirado al artista el dibujo que damos con el título que sirve de epígrafe á estas líneas.

Una odalisca.—Siempre serán los pueblos del Oriente, con sus extrañas costumbres y sus tipos originales y característicos, fuente copiosa de inspiración para pintores y poetas.

El cuadro del Sr. Luna, que representa una odalisca, es una prueba de ello.

Sobre rico tapiz bordado de sedas de mil colores, oro y plata, rodeada de flores y medio cubierta de fino lienzo de encajes, destacan las delicadas formas y esbeltos contornos de una mujer, en cuya creación el artista ha combinado maravillosamente los más hermosos tonos, buscando en su actitud mil dificultades y obstáculos pictóricos, que el Sr. Luna ha vencido con prodigioso ingenio.

Los desnudos, que tan en boga están hoy en el mundo artístico y que tanto se prodigan en Exposiciones y certámenes públicos, rara vez con ígnea realidad una obra estética si á los detalles puramente plásticos y sensibles no va unido una idea

poética, como en la composición del Sr. Luna, que publicamos en el presente número.

Gansos huyendo de un tren.—El cuadro del Sr. Hernández, que lleva este título, es un dato de observación digno de un artista.

Seguros estamos de que el asunto se le presentó por sí mismo é inesperadamente, en una de sus excursiones de pintor por la campiña italiana.

Sólo así se explica y comprende ese tono de realidad que ha dado á su pensamiento: sorprendidos los pacíficos y cachazudos gansos por las trepidaciones y la monstruosa respiración de un tren á toda velocidad, corren llenos de espanto y lanzando estridentes graznidos, sin que sea parte á tranquilizarles la serena calma de su fiel compañera y guardadora que, apoyando sus manos en la vara que tiene echada sobre los hombros, avanza lentamente con la mirada fija en el lejano horizonte como si su pensamiento se hallase abismado en indefinibles sueños.

La caza del tigre de Bengala.—Indudablemente los aficionados al tiro del pichón ignoran las emociones que encierra la estratégica cuanto peligrosa caza del tigre real de Bengala.

Y no obstante, este terrible ejercicio es una *distraición* agradable para los cachazudos indios, que lo realizan con frecuencia y con heroica impasibilidad, de la misma suerte que entre nosotros se persiguen conejos y liebres en el campo.

Para llevar á cabo su empresa, los indígenas se reúnen en grupos cuyo total asciende de unos 12 á 16 hombres; buscan la orilla de un espeso matorral cercano á la guarida de la fiera, y en lo más intrincado del ramaje tienden ocultamente la red por ellos fabricada con determinadas raíces y fibras de algunas plantas.

Una vez colocada la red, el grupo se divide en tres secciones: la primera destinada á azuzar y dirigir á la fiera por medio de artificiosas maniobras; la segunda á presentarla el cebo con que han de atraerla y enganarla, y la tercera que es la encargada de darla muerte una vez aprisionada.

Véanse nuestros grabados; arrancado el tigre de su guarida, y advertido por el oído y el olfato, se encamina cautelosamente hacia el lugar donde pastan tranquilamente los búfalos, sobre uno de los cuales se arroja el sanguinario animal, en tanto que el otro huye lanzando espantosos gritos.

Una vez con su presa el tigre, carga con ella y la conduce á lo más espeso del bosque con objeto de devorarla á sus anchas; este es el instante oportuno en el cual entra en juego el segundo grupo de los cazadores.

Sabido es que el tigre, lo mismo que la pantera, son tan feroces en la acometida, cuando están hambrientos, como prudentes y recelosos cuando se han apoderado de su presa; por esto, una vez que la tienen presa entre sus fauces, procuran ocultarse y huyen de donde otros seres, hombres ó bestias, pudieran arrebatarle su opíparo banquete.

Los indios, aprovechando estas cualidades de la fiera, la persiguen atemorizándola hasta llevarla á la red, detrás de la cual se encuentran los que han de rematarla.

Pero antes es necesario un golpe de suprema audacia; para ello, dos ó tres indios armados y ocultos en el matorral salen al encuentro del tigre, le atacan denodadamente, le arrancan la presa y le castigan para irritarle; una vez hecho esto, transponen de un brinco la valla inmediata á la red, y al irles á dar alcance, la fiera cae prisionera entre las mallas, donde la matan los indios encargados de esta última parte de tan dramático sport.

La madrugada del día de San Juan en Aragón.—Si el amor en todas partes es el mismo, la manera de manifestarse varía en cada país, y en el nuestro es distinta en cada región ó provincia.

Como en Andalucía se «pela la pava», en Aragón los enamorados varones se reúnen, en grupos de número variable, y llevando cada cual su respectiva guitarra se dirigen todos juntos á las casas de sus novias, al pie de cuyas ventanas tocan aires populares y cantan coplas alusivas improvisadas ó compuestas de antemano con dicho objeto.

En la madrugada del día de San Juan, además de música y versos, los amantes llevan grandes ramos de flores con los que adornan el cancel de la ventana tras de la que duerme todavía á aquella hora su adorado tormento.

Esta poética y novelesca costumbre aragonesa es la que ha inspirado al pintor Sr. Ruiz de Valdivia el precioso cuadro que insertamos para solaz de nuestros lectores, y enriquecer la colección de tipos y costumbres españolas que viene dando á luz en sus páginas nuestra Revista.

IMPRESOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

EL MIEDO de A. Mosso, profesor de la Universidad de Turín; traducción de la cuarta edición italiana por J. Madrid Moreno, y con un prólogo de D. Rafael Salillas.—Notable estudio psico-fisiológico, en el que el autor sorprende y da á conocer innumerables datos científicos que vienen á ilustrar las relaciones que existen entre el espíritu y el cuerpo. Contiene la obra diez y seis capítulos que tratan sobre el cerebro, la médula espinal y sus funciones; la circulación de la sangre, la palidez y el rubor, el corazón, la respiración y la ansiedad, la expresión de la cara; el dolor, el miedo, el espanto, el terror y las enfermedades que ocasionan, etc. etc. El libro está ilustrado con siete grabados y dos fototipias.

—A TORRE DE PEITO BURDELO, drama histórico gallego, en un acto, por D. Galo Salinas Rodríguez, y precedido por una carta-prólogo del Excmo. Sr. Marqués de Figueroa.—Está inspirado este drama en una tradición heroica de Galicia, y es la primera obra dramática escrita en dialecto gallego; obtuvo por unanimidad el primer premio en el Certamen científico-artístico-literario que el Liceo Brigantino celebró en la Coruña el pasado invierno.

ADVERTENCIAS

Habiéndose agotado los ejemplares de los primeros números de esta Revista, y siendo muchos los pedidos de colecciones que hasta el presente se nos han hecho, la empresa de esta publicación ha decidido hacer una nueva tirada de los números agotados, para poder servir las suscripciones que por esta causa se encuentran paralizadas.— Suplicamos á los señores Corresponsales tengan

la bondad de hacerlo saber así á sus favorecedores, y tan pronto como dichos números estén reimprimados, lo pondremos en su conocimiento para que puedan atender y dar cumplimiento á los pedidos que se les hacen.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

Los suscriptores que deseen recibir el periódico dentro de un cilindro de cartón, para que no sufran menoscabo alguno las hermosas fototipias que damos, abonarán un suplemento de 1,50 pesetas por trimestre.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.— A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.— A una peseta caja.

TÓNICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.— Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.



El dueño de este nuevo Establecimiento, en vista de que cada día se ve más favorecido por su distinguida clientela, tiene el gusto de recomendar á la misma los célebres polvos **Overtuner de John Black, de New-York.** Precio de las cajas, 10 y 15 pesetas.

UNICO DEPÓSITO PARA ESPAÑA
ALCALÁ, 45, MADRID
Se remiten pedidos á provincias.

FLORES, PLANTAS Y CORONAS

EN GRANDE ESCALA

G. KUHN, CRUZ, 42

Exposición en SEIS SALONES, muy digna de ser visitada como única en España.

Grupos para sombreros á precios de almacén, de 1, 2, 3 y 4 pesetas.— Armaduras, á peseta.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En publicación. PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO
POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD (Estudios de F. Laurent) Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO, DON ANGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frías.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.
Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.— Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

Coco 29

MUSEO DE ARTES



N. Ruiz de Valdivia lo pintó.

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^ª

LA MADRUGADA DEL DÍA DE SAN JUAN EN ARAGÓN